

## V.

El martes siguiente faltó Berta á la palabra que había dado á Octavio. Bien es verdad que le advirtió que no la esperase, en un breve aparte aquella misma noche, después de cerrar la tienda. La pobre sollozaba, había ido á confesarse la vispera dominada por una necesidad de religión, y todavía la agobiaban las dolorosas exhortaciones del cura de San Roque. Después de casarse había descuidado las prácticas religiosas, pero la impresión que causaron en ella las groseras habladurías de las criadas fué tan triste, que se refugió de nuevo por una hora en sus creencias de niña, inflamada con la esperanza de purificarse y hallar consuelo. Como el cura había llorado con ella, su falta, al tornar á su casa, le causaba horror. Octavio al

oirlo, impotente para convencerla y furioso por lo mismo, se encogió de hombros.

Tres días después ofreció la joven acudir á visitarle el martes próximo. En una cita que dió á su amante en el Pasaje de Panoramas, vió unos preciosos chales de Chantilly, y hablaba de ellos á cada instante con los ojos encandilados por el deseo. Octavio le dijo el lunes por la mañana, sonriéndose para paliar la brutalidad del negocio, que si cumplía su palabra hallaría en su casa una agradable sorpresa. Ella comprendió y se echó á llorar de nuevo. No, y mil veces no; no acudiría, con aquella oferta destruía la dicha de su entrevista. Había hablado del chal por hablar, no lo quería, lo arrojaría al fuego si se lo regalaba. Sin embargo, al día siguiente se pusieron de acuerdo: á las doce y media daría ella tres golpecitos en la puerta.

Aquel día, al marcharse Augusto como de costumbre á Lyon, causó su aspecto cierta extrañeza á Berta. Le sorprendió hablando en voz baja con Raquel detrás de la puerta de la cocina: además, estaba pálido, tembloroso y con el ojo izquierdo más cerrado que de ordinario. Pero como se quejaba de la jaqueca, atribuyó su estado á sus achaques habituales, y le aseguró que el viaje le sentaría bien. Al verse sola volvió á la cocina y procuró sonsa-



car á la criada, impulsada por un resto de inquietud. Raquel seguía mostrándose discreta y respetuosa, sin dejar su actitud seria de los primeros días. La joven comprendía sin embargo, que no estaba contenta: había hecho mal después de haberle dado veinte francos y un vestido en poner coto á su generosidad, por más que su escasez de dinero la hubiera obligado á observar aquella conducta.

—¿Soy poco generosa, no es verdad? dijo Raquel. Crea V. que la culpa no es mía... ya me propongo recompensar á V.

—La señora no me debe nada, respondió la doméstica con frialdad.

Entonces Berta fué á buscar dos camisas viejas, queriendo darle al menos una prueba de su buen corazón; pero la doméstica al tomarlas, dijo que haría con ellos paños para enjugar la vajilla.

—Gracias señora, añadió; pero el percal me produce salpullido: no gasto más que hilo.

A pesar de todo se mostró tan cortés, que Berta se tranquilizó. Familiarizándose con ella, le anunció que aquella noche no dormiría en casa, y le rogó que por lo que pudiera suceder dejase encendida la lámpara. Cerrarian con el cerrojo la puerta de la es-

calera principal, y ella saldría por la puerta de la interior cuya llave guardaría. La doméstica oía tranquilamente aquellas órdenes, como si se tratase de preparar un estofado para el día siguiente.

Por un refinamiento de habilidad, Octavio mientras que su querida comía con sus padres, aceptó un convite en casa de los Campardon. Pensaba permanecer en su compañía hasta las diez, y después irse á su cuarto á esperar con la mayor resignación posible á que fueran las doce y media.

La comida en casa del arquitecto fué patriarcal. Campardon sentado entre su mujer y la prima, comía con apetito los manjares, manjares de familia, sanos y abundantes como él los calificaba. Había aquella noche una gallina con arroz y una gran lonja de vaca con patatas rehogadas. Desde que la prima estaba al cuidado de todo, se alimentaban perfectamente: nadie sabía comprar como ella, con la mitad del dinero adquiría el doble en los comestibles que llevaba. Con este motivo Campardon repitió tres veces de la gallina, mientras que Rosa se atiforraba de arroz, Ángela se reservó para la carne: le gustaba la sangre, y Luisa solía darla á hurtadillas grandes cucharadas de aquel líquido. Gasparina era la única que apenas comía,



por tener algo malo el estómago, según manifestó.

—Coma V., decía el arquitecto á Octavio: si V. no come, se le comerán los gusanos muy pronto.

Mad. Campardon hablando al oído al joven, se congratulaba de la felicidad que con su presencia había llevado la prima á aquella casa: economizaba un ciento por ciento lo menos y hacía andar en un pié á los criados, sin contar con que Angela mejor vigilada recibía á todas horas buen ejemplo.

—Por último, añadió, Aquiles sigue siendo feliz como el pez en el agua, y yo nada tengo que hacer, nada absolutamente... Con decir á V. que ella me lava y me peina... Puedo vivir cruzada de brazos y sin preocupación alguna; ha tomado á su cargo todos los quehaceres de la casa.

El arquitecto contó después cómo había sentado la mano á los gahnápiros del Ministerio de Instrucción pública.

—Figúrese V. amigo mío, dijo, que con motivo de las obras que estoy haciendo en Evreux han querido aburrirme... ¡Por supuesto! Lo que yo quería ante todo era dar gusto á su eminencia. Lo único que ha sucedido, es que el horno de las nuevas cocinas y el calorífero, han costado más de vein-

te mil francos. No había votado ningún crédito en el presupuesto, y no era fácil sacar veinté mil francos de la partida destinada á la conservación de la iglesia. Además, el púlpito para el que tenía tres mil francos, había subido á diez mil; siete mil más que había que sacar de debajo de tierra... Así es que esta mañana me llamaron del Ministerio y me recibió un funcionario, alto, seco, que se propuso darme un buen jabón. Pero amigo mío, halló la horma de su zapato; saqué á relucir á su eminencia, les anuncié que él mismo vendría á Paris á dar explicaciones, estuve circunspecto pero digno y firme... y... ¡claro! sucedió lo que no podía menos de suceder. Mi hombre se puso más blando que un guante, y tan fino, tan acaramelado... aún me retoza la risa en el cuerpo. Ya sabe V. que tienen un miedo atroz á los obispos en estos momentos. Figúrese V. teniendo yo uno á mi disposición, el cuidado que me dará el Gobierno... sería capaz de demoler y destruir de nuevo la Iglesia de Nuestra Señora sin anuencia de nadie.

Todos celebraron su triunfo, menospreciando al ministro, de quien se reían con la boca llena de arroz. Rosa declaró que valía más estar bien con la religión. Desde que había tomado á su cargo las obras en San



Roque, llovía sobre su marido el trabajo: las familias más distinguidas se disputaban sus servicios, y le faltaba el tiempo de tal modo, que muchas noches tenía que velar. Dios los colmaba de beneficios seguramente, y la familia le bendecía á todas horas.

Estaban en los postres, cuando Campardon exclamó:

—A propósito, sabe V. Octavio que Duveyrier ha hallado al fin á...

Iba á nombrar á Clarisa; pero se acordó de que estaba Ángela presente, y añadió mirando á su hija:

—Ha hallado á aquel pariente que buscaba.

Y con guiños y señas hizo comprender á Octavio quién era la persona de que se trataba.

—Sí, añadió, Troublot á quien he visto, me lo ha contado. Anteayer cuando llovía á cántaros, Duveyrier se guareció en un portal y tropezó de manos á boca con la pariente que sacudía su paraguas.

Ángela bajó modestamente los ojos, mientras los demás individuos de la familia ayudaban al arquitecto á salvar las apariencias.

—¿Y es buena persona esa pariente? dijo Rosa.

—Según y conforme... pero los parientes hay que tomarlos como son.

—Un día tuvo la audacia de ir á la tienda, añadió Gasparina, que á pesar de ser delgada detestaba á todas las personas flacas. Me la enseñaron, y francamente, me pareció un palillo de tambor.

—De todos modos, Duveyrier ha vuelto á caer en la ratonera. Su pobre mujer se habrá....

Quería decir, que Clotilde se habría puesto contenta; pero recordó por segunda vez que estaba allí Ángela, y añadió con acento quejumbroso:

—Es una lástima que no existan siempre entre parientes relaciones amistosas... Pero ya se sabe, en todas las familias hay disgustos...

Lisa detrás de él con una servilleta al brazo miraba á Ángela, y ésta no pudiendo contener la risa, cogió un vaso y estuvo largo rato haciendo que bebía.

Poco antes de las diez, pretexto Octavio para ir á su cuarto que estaba muy cansado. A pesar de los enternecimientos de Rosa, no se hallaba á su gusto en aquella casa, en la que veía acentuarse la hostilidad de Gasparina contra él. Y sin embargo, nada había hecho para merecerla. La prima le detestaba pura y simplemente, porque era guapo; se figuraba que era dueño de todas las mujeres



de la casa, y esto la exasperaba sin que por eso deseara ella ser del número de las víctimas; pero sentía envidia, y esto explicaba su rencor.

Apenas se fué la familia, habló de acostarse. Rosa pasaba todas las noches una hora en su tocador antes de meterse en la cama. Procedió como de costumbre á su lavado, se impregnó de perfumes, después se peinó, se examinó los ojos, la boca, las orejas. Por la noche reemplazaba su lujo de peinadores con un lujo de cofias y de camisas. Aquella noche eligió una camisa y una cofia guarnecidas de encaje. Gasparina la ayudó, vaciando y llenando la palangana, recogiendo con una esponja el agua que había caído en el suelo, y desempeñando otros servicios que ella hacía mejor que Lisa.

—Ea, ya estoy bien, dijo Rosa después de acostarse, mientras la prima acababa de mullir las almohadas y de arreglar el embozo de la sábana.

En medio del espacioso lecho se reía de gusto. Al verla con los encajes, tan ataviada y tan alegre, cualquiera hubiera creído que era una bella enamorada esperando al hombre predilecto de su corazón. Cuando se veía compuesta, dormía mejor, según decía, y aquel era el único placer que tenía.

—¿Estamos ya arreglados? preguntó Campardon entrando en la alcoba... ¡Vaya...! ¡qué pases buena noche, monona mía!

El anunció que tenía que trabajar y que velaría un rato; pero su mujer se enfadó diciéndole que debía descansar: se estaba matando y era una tontería.

—Lo oyes... añadió... quiero que te acuestes... Gasparina, prométeme que harás que me obedezca.

La prima que acababa de dejar en la mesa de noche un vaso de agua azucarada y una novela de Dickens la miraba, y sin responder se acercó á ella y la dijo:

—¡Qué arrogante y qué hermosa estás esta noche!

Y con sus labios secos le dió dos besos en las mejillas, haciendo á las mil maravillas su papel de pariente fea, pobre y resignada. También Campardon contemplaba á su esposa, al mismo tiempo que lo encendido de su rostro acusaba lo difícil de la digestión que estaba haciendo. También dió un beso á su mujer.

— Buenas noches, gata mía, la dijo.

— Muy buenas, queridín... le contestó; pero ya lo has oído, te ruego que te acuestes en seguida.

— No tengas cuidado, dijo Gasparina. Si



á las once no duerme, me levantaré y apagaré la luz.

A las once Campardon que se dormía sobre el plano del *chalet* suizo que le había encargado un sastre de la calle Rameau, se desnudó con lentitud pensando en Rosa tan guapa y tan limpia: después de deshacer un poco su cama para que las criadas no se apercibieran, se fué á la de Gasparina. Los dos dormían allí muy mal, demasiado estrechos y clavándose los codos. Él sobre todo, que tenía que quedarse al borde, amanecía todas las mañanas con una pierna dolorida.

Al mismo tiempo y después de haberse ido Victoria á su cuarto, Lisa fué como de costumbre á ver si la señorita Ángela necesitaba algo. La niña la esperaba acostada, y todas las noches sin que lo supieran sus padres, jugaba con ella á las cartas. Además, hablaban de la prima, una indecente que la criada pintaba á la niña sin ambages.

Las dos se vengaban de este modo de la sumisión hipócrita que tenían que guardar durante el día. Además, Lisa experimentaba un goce al corromper á Ángela, cuyas curiosidades propias de la crisis de sus trece años satisfacía por completo. Aquella noche estaban furiosos contra Gasparina, que desde hacía dos días encerraba el azúcar, de la que

llenaba sus bolsillos la doméstica, para vaciarlos después sobre la cama de la niña. Era un sargentón, y no había con ella medio de dormirse chupando un terrón.

—Su papá de V. la endulza á ella en grande, dijo Lisa, con risa sensual.

—Sí, sí, ya sé, contestó la niña, riéndose también.

—¿Qué es lo que la hace papá? Imítele usted, para ver...

Entonces, Ángela se arrojó al cuello de la criada, y estrechándola en sus brazos, la besó en la boca, diciendo:

—Así... ¡así!

Dieron las doce. Campardon y Gasparina se acurrucaban en la estrecha cama, mientras que Rosa, á sus anchas en la suya, leía á *Dikens* con lágrimas de ternura. Reinaba un profundo silencio: la casta noche derramaba su sombra sobre la honestidad de aquella familia.

Octavio halló gente en casa de los Pichon y Julio le llamó, deseoso de obsequiarle. M. y Mad. Vuillaume estaban allí, reconciliados con sus hijos, con motivo de haberse levantado María, que había salido de su cuidado en el mes de Setiembre.

Para celebrar el restablecimiento de su hija, habtan aceptado una comida con ellos.



María, deseosa de apaciguar á su madre, á quien irritaba la vista del recién nacido, que por añadidura era niña, la había dado á criar en las cercanías de París. Lili dormía sobre la mesa, un vaso de vino puro que sus padres la habían hecho beber á la fuerza á la salud de su hermanita.

—En fin, dos puede pasar, dijo Mad. Vuillaume, después de haber trincado con Octavio. Lo único que deseo, querido yerno, es que no volvamos á las andadas.

Todos se echaron á reír, pero la anciana, sin perder su gravedad, continuó:

—No hay nada que haga reír en lo que he dicho. Aceptamos el nuevo vástago; pero juro que si viniera otro...

—¡Oh! si tuvierais otro había que convenir en que carecíais de seso y de corazón, dijo M. Vuillaume. ¡Qué diablo! Hay que tener seriedad en la vida, y cuando no se posee una fortuna para pagar los caprichos, se contiene uno.

Volviéndose hacia Octavio, añadió:

—Mire V., caballero: yo estoy condecorado. Pues bien, sepa V. que, para no gastar demasiado la cinta no la llevo en casa... Considere V. que, cuando mi mujer y yo nos privamos del gusto de verme condecorado en casa, bien pueden mis hijos privarse del

placer de aumentar su prole. ¡Ante todo la economía!

Los Pichon protestaron de su obediencia. ¡Facilito era que les cogieran en otra!

—¡Se sufre más de lo que parece! dijo María.

—Primero querria que me cortaran una pierna, añadió Julio.

Los Vuillaume se mostraron satisfechos. Los creían bajo su palabra y perdonaban. Daban las diez entonces, y se levantaron para marcharse. Julio se puso el sombrero para acompañarlos hasta el ómnibus. Esta renovación de las antiguas costumbres los enterneció, hasta el punto de que todos se besaron y se abrazaron en el dintel de la puerta. Cuando se fueron, María, que los miraba asomada á la barandilla de la escalera, volvió con Octavio al comedor, y le dijo:

—Mamá no es mala y en el fondo tiene razón: los niños no son un plato de gusto.

Cerró la puerta y comenzó á quitar de la mesa los platos y los vasos. La reducida habitación conservaba una temperatura tibia y Lili continuaba durmiendo.

—Me voy á acostar, dijo Octavio.

Y se sentó, encontrándose allí á su gusto.

—¿Tan pronto va V. á acostarse? dijo la



joven. Eso no es muy frecuente en V. ¿Tiene V. algo que hacer mañana temprano?

—No, respondió; pero me ha dado sueño... Con todo, puedo aguardar diez minutos.

Pensó que Berta no subiría hasta las doce y media: tenía tiempo. Y aquel pensamiento y la esperanza de poseerla toda la noche, que le aguijoneaba desde hacía algunas semanas, no le alteraban demasiado. Ante la fatiga de esperarla, desaparecía la fiebre del día, y el tormento de su deseo contando los minutos y evocando la imagen de la próxima felicidad.

—¿Quiere V. otra copita de cognac? dijo Maria.

—Con mucho gusto.

Pensaba que aquello le enardecería. Cuando dejó la copa, cogió las manos de Maria y las estrechó, mientras que ella sonreía sin temor alguno.

La hallaba encantadora, con su palidez de mujer convaleciente. Toda la sorda ternura de que estaba poseído de nuevo, subía con brusca violencia hasta su garganta y sus labios. Una noche la devolvió á su marido, después de haberla dado un beso en la frente, y de nuevo sentía necesidad de recuperarla; un deseo inmediato y violento, en el

que se desvanecía, como más lejano, el que le inspiraba Berta.

—¿No me tiene V. miedo hoy? La preguntó Octavio, estrechándola con más fuerza sus manos.

—No, puesto que ya es imposible... ¡Oh! ahora somos buenos amigos, y nada más.

Le dió á entender que sabía lo que pasaba: sin duda Saturnino se lo había contado. Por lo demás, se apercibía cuando Octavio recibía por las noches á cierta persona. Al ver que se enfadaba, le tranquilizó. A nadie diría nada, no estaba incomodada, y antes, por el contrario, deseaba que fuera muy feliz.

—Ya ve V., añadía; estando como estoy casada, no tendría derecho para enfadarme.

Octavio la sentó sobre sus rodillas, y la dijo:

—A tí, á tí es á quien amo.

Y decía la verdad, en aquel instante sólo á ella amaba con pasión absoluta é infinita. El nuevo lazo que habían formado los dos meses pasados en desear otra mujer se había desvanecido. Se veía de nuevo en aquella estrecha habitación, besando á Maria en el cuello, á espaldas de Julio, y hallándola siempre complaciente con su dulzura pasiva. Aquello era la felicidad, ¿cómo podía



haberla desdeñado? La pena destrozaba su corazón. Quería que fuera suya una vez más, y si no lo conseguía sería eternamente desgraciado.

—Déjeme V., murmuró ella, procurando separarse de él. No es V. razonable, me va usted á poner triste... Ahora que ama V. á otra, ¿para qué quiere atormentarme?

Se defendió de este modo con su aire bondadoso, por repugnarle cosas que no la proporcionaban placer alguno. Pero Octavio enloquecía, la estrechaba en sus brazos, y la cubría de besos.

—A ti es á quien amo, decía... no puedes comprender... Mira, te juro por lo más sagrado que no te engaño. Abre mi corazón para verle... ¡Oh! yo te lo ruego, sé buena... Esta vez, y luego nunca más, nunca, si así lo exiges. Si no accedieras ahora, me harías mucho daño, me matarías.

Entonces María quedó sin fuerzas, paralizada por aquella voluntad que se imponía. Esto era en ella á la vez bondad, miedo y estupidez. Hizo un movimiento como para llevar á Lili á la alcoba, pero él la detuvo por miedo de que se despertase; y María se abandonó al joven en el mismo sitio en que, un año antes, había caído en sus brazos como mujer obediente. Un profundo silen-

cio reinaba en toda la casa. De pronto comenzó á apagarse la lámpara, iban á quedarse á oscuras, cuando María, levantándose, tuvo tiempo de subir de nuevo el aceite.

—¿Estás incomodada? preguntó Octavio con ternura, y fatigado de una dicha como la que, ni aun en sueños, había podido imaginar.

Ella dejó la lámpara, le dió un beso con sus helados labios, y respondió:

—No, puesto que eso le agrada á V... Pero no ha hecho V. bien en faltar á esa persona... Conmigo estaba V. cumplido.

Los ojos de Octavio se llenaron de lágrimas: ella, aunque sin cólera, estaba triste. Cuando el joven se separó de ella se sentía descontento: hubiera querido acostarse y dormir. Su pasión satisfecha le había dejado una amargura muy grande. Pero la otra iba á llegar, y era preciso esperarla. Este pensamiento le agobiaba, hubiera deseado que ocurriera cualquier catástrofe que la impidiese subir, y esto después de haber pasado muchas noches febriles, deseando tenerla en su cuarto una hora siquiera.

Quizás faltaría también á su palabra. Esta era una esperanza con la que no quería ilusionarse.

Dieron las doce. Octavio de pié, fatigado,



escuchaba cerca de la puerta, con temor de oír el roce de las enaguas en el estrecho corredor. A las doce y media experimentó una verdadera ansiedad: á la una se creyó salvado, por más que en el fondo de su alegría había una sorda irritación, el despecho del hombre que se cree burlado por una mujer. Pero al resolver desnudarse en medio de los mayores bostezos, oyó tres golpecitos. Era Berta. A un mismo tiempo, lo sintió y se alegró. Abrió y le tendió sus brazos, pero ella le apartó, y temblando, se puso á escuchar detrás de la puerta, que cerró con viveza.

—¿Qué pasa? preguntó él en voz baja.

—No sé, he tenido un miedo... balbuceó Berta. Estaba tan oscura la escalera... he creído que me perseguían... Estas aventuras son estúpidas... ¡De seguro va á ocurrirnos alguna desdicha!

Esto los dejó helados á los dos. No se besaron. Y eso que ella estaba encantadora, con su peinador blanco y sus cabellos recogidos en la nuca. Octavio la miraba y le parecía más bella que María, pero no la deseaba, representaba para él un sacrificio. Berta se sentó para tomar aliento y afectó enfadarse al ver sobre la mesa una caja, en la que adivinó el chal de que había hablado tanto los días anteriores.

—¡Me voy! dijo, sin levantarse.

—¡Cómo! ¿te vas?

—¿Acaso crees que me vendo? Me ofendes siempre, y esta noche acibaras con eso todo el placer que podrías darme. ¿Por qué has comprado el chal? ¿No te lo prohibi terminantemente?

La joven se levantó, consintió al fin en verlo, pero una vez la caja abierta, experimentó tal decepción, que no pudo menos de exclamar, indignada:

—¡Cómo! ¿no tiene encajes?

Octavio, que economizaba, había cedido á un pensamiento de avaricia. Procuró explicarle que la imitación era tan buena como los encajes verdaderos: hablaba como un comerciante detrás del mostrador y la aseguraba que jamás vería el fin de aquel artículo. Pero ella, mirándole con desdén, le interrumpió, diciéndole:

—En una palabra, así cuesta cien francos, mientras que de otro modo hubiera subido á trescientos.

Viéndole palidecer añadió, para borrar el mal efecto de sus palabras:

—De todos modos te lo agradezco... en los regalos no es el valor, sino la intención lo que debe estimarse.

Se sentó de nuevo y hubo una larga pau-